

CAPITULO VIII.

LOS MILAGROS.

Triste tarea es, en verdad, la que nos hemos propuesto: triste para la fe, y mas triste aún para la razon; porque si ofende á la fe la obra que examinamos, al menos la sirve de alguna utilidad, y es una gloria de la fe, como dice Pascal, tener por enemigos gente tan falta de razon, y aun viene á demostrarla, vengándola, el perder así el sentido los que la atacan. ¡Pero qué espectáculo mas humillante el de ese miserable estado á que se ve reducida la razon por la impiedad! No parece sino que hacemos aquí un curso de *clínica* intelectual, en el que solo tratamos de instruir á nuestros semejantes, esponiéndoles las enfermedades del entendimiento. Hasta la ironía que nos vemos obligados á emplear con frecuencia para poner mas en claro la falta de razon, redobra mas en nosotros esta tristeza, por la complacencia que supone y que se halla en oposicion con la piedad profunda de que estamos penetrados.

Però así es forzoso. Para verificar mejor la operacion que hemos emprendido, continuaremos dominando la emocion que nos causa, y á proporcion que la verdad lo exija, nos veremos obligados á humillar para instruir y aun á lastimar para curar.

Hémos aquí en el baluarte de la incredulidad, en lo sobrenatural y en el milagro. Sobre ello no hace la menor confesion ni reconocimiento, todo es resistencia. No hay *poco mas ó menos*, ni *aproximadamente*; es un *nada esencial* como dice M. Havet. Atrinchérase en lo sobrenatural y nos dice: Probad lo contrario. Levántase un muro de imposibilidad, de inflexibilidad científica, y no se quiere ni aun parlamentar ni admitir discusion; ó todo ó nada.

Pues bien; esta exclusivá é intratable resistencia, es solo una prueba de debilidad ó de desesperacion. Nada mas fácil que

tener razon sobre esto; y creo poder decir que somos absolutamente dueños de la situacion.

Este baluarte del milagro es nuestro, y la incredulidad ha caído en él; y de tal manera, que todos sus esfuerzos para salir, no harán mas que estrechar el círculo de razon que en él la retiene y la sitia retoreiendo sus propios argumentos. Solamente le quedará un recurso, como de ordinario; el de precipitarse por encima de la razon é ir á estrellarse contra la conciencia; al menos M. Renan que es siempre atrevido en materia de absurdo, porque M. Scherer y M. Havet tendrán el buen instinto de no seguirle, si bien quedarán aprisionados por la verdad.

Esta parte de nuestro trabajo reclama particular atencion, no porque aparezca oscuro, sino por ser nueva su claridad; esperamos que se nos siga en el paso á paso.

I.
Creemos que no es pretender demasiado, sacar de prodigios verdaderos y justificados, una simple presuncion de ser admisibles otros prodigios que se hallan en cuestion, pues que esto no es mas que ir de lo conocido á lo desconocido y proceder por analogia.

Si un ser extraordinario, tan extraordinario como por confesion de todos es Jesucristo, ha formado dos clases ó órdenes de prodigios, de las cuales vemos una y no la otra; el orden ó la clase de prodigios que vemos, deberá recomendar á nuestra atencion el que no hemos visto, y que solo se apoya en testimonios; porque ¿no ha de haber entre estas dos clases de prodigios, no solamente relacion de analogia, sino relacion de presuposicion, relacion de medio á efecto?

Pues bien, esto es lo que tenemos en Jesus y en su Evangelio.

En el Evangelio se dice que Jesus mandaba á la naturaleza, que daba vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos, y que resucitaba á los muertos: esto es lo que no hemos visto nosotros. Pero al mismo tiempo se relata en él, que decia á los pescadores de las playas de la Judea, á un Simon, á un Santiago, á un Juan: En adelante sereis *pescadores de hombres*; y vemos que lo hizo, como lo dijo. Leemos tambien que dijo: *Cuando yo sea elevado de la tierra, lo atraeré todo á mi*, y vemos que lo hizo tal cual lo dijo. Leemos tambien que dijo: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Igle-*

sia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y vemos que ha sucedido según lo dijo. Finalmente, leemos que dijo: *Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra; como yo he sido enviado, yo os envío; id, pues, e instruid á todas las naciones enseñándoles á observar lo que os he mandado, y estad seguros de que estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos:* y vemos que lo ha hecho como lo dijo. Me limito á estos prodigios entre otros muchos. Prodigios dobles, prodigios de hecho y prodigios de predicción. Nosotros los vemos; desarróllanse y se agrandan aún, desde hace diez y ocho siglos á nuestra vista. Nosotros mismos somos éstos prodigios. No es necesaria una comisión para justificarlos. El mundo era pagano y se ha hecho cristiano. ¡Cómo! Por una Cruz. El mundo ha permanecido cristiano contra todas las sublevaciones del infierno, y se ha conservado aún cristiano. ¿Por quién? Por el sucesor del primer Pedro. Nosotros vemos esto, y esto es un prodigio. El Cristianismo es un milagro, el mayor de todos, como lo llama M. Prondhon¹

Pues bien, yo digo que este milagro, el mayor de todos, que estamos viendo, debe predisponer nuestra creencia á favor de los menores milagros evangélicos que no hemos visto; y que el gran Lázaro del género humano, resucitado y andando aún delante de nosotros, debe servirnos de prenda segura del Lázaro de Betania que solo vemos en el testimonio del Evangelio.

Podría decir también que vemos á este en aquel, y que sería un milagro mas grande, que hubiera sido el mundo convertido sin milagros. Pero me limito á lo espuesto y entro mas directamente en la cuestión.

II.

En primer lugar, me encuentro con la objeción de la *imposibilidad*, y principio oponiéndole, antes de entrar en ratiocinios, el sentido comun, aquel buen sentido galo de Montaigne: "Es una necia presunción, dice; ir desdenando y condenando como falso, lo que no nos parece verosímil; vicio comun en los que creen tener una capacidad superior á la general. Condenar así resueltamente una cosa por falsa é imposible, es atribuirse

¹ "Agréguese á esto, el prodigioso establecimiento del Imperio, la maravilla mas grande, antes que llegara á ser el cristianismo el mayor de todos los milagros." (*De la justicia en la Revolución y en la Iglesia.* t. III. p. 133).

"el mérito de tener en la mente los limites y señales de la voluntad de Dios y del poder de nuestra naturaleza, y no hay mayor locura en el mundo que reducir estos á la medida de nuestra capacidad y suficiencia. Cuando leemos en Bouchez los milagros de las reliquias de San Hilario, lo dejamos pasar, porque no es bastante grande su crédito para privarnos de la licencia de contradecirle; pero, me parece una imprudencia singular, condenar de una plumada tales historias. . . . Es un arrojito peligroso y trascendental, además de la absurda temeridad que en si envuelve, el despreciar lo que no concebimos: porque despues que habiendo fijado, conforme á vuestro peregrino entendimiento los limites de la verdad y de la mentira, se ve que teneis que creer necesariamente cosas mas extrañas que las que negais, os veis obligado á abandonarlas."¹

Ahora ratiocinemos en forma.

¿De qué imposibilidad se quiere hablar aqui? Es forzoso explicarla. ¿Es una imposibilidad de principio, una imposibilidad filosófica? ¿O es una imposibilidad de hecho, una imposibilidad de experiencia, del milagro no justificado?

¿Una imposibilidad filosófica y de principio? M. Renan no se atreve á decirlo abiertamente y aun se guarda de ello. Esto sería el ateísmo, según hemos demostrado en el capítulo IV. Pero aunque así se dijera, como hace M. Havet, además de ser forzoso librarse en primer lugar del absurdo del ateísmo, opondríamos el hecho y apelariamos de él al testimonio. Contestariamos como se contestó á aquel filósofo que negaba el movimiento, alegando el hecho, el milagro atestiguado. Diríamos como el ciego de nacimiento, á cuya curación oponían los fariseos que Jesus era un pecador: "Yo no sé si es pecador, solo sé que yo estaba ciego y que ahora veo." Jamás ha podido ni-

¹ Ensayos; lib. III, cap. XI. Causa plaacer este elevado é ingenioso buen sentido, el cual ha perdido por cierto la tradicion francesa, gracias á las extravagancias del *libre pensamiento*. Y no hay que decir que fuera Montaigne un espíritu débil. "Yo soy pesado y me atengo á lo sólido y verosímil, dice en este mismo capítulo. Veo que se incomodan y me mandan dudar de ello, amenazándome con injurias execrables; nuevo modo de persuadir! Pero gracias á Dios, no se trata á golpes á mi creencia. Se necesita una claridad luminosa y límpida para matar á la gente; y es nuestra vida sobrado real y esencial para afianzar estos accidentes sobrenaturales y fantásticos."—Pascal, hace sobre esto, la siguiente reflexión: "¿Cómo odio á los que dudan de los milagros! Montaigne habla de ellos, como debe, en dos pasajes: en el uno se ve cuánta es su prudencia, y no obstante, cree en el otro y se burla de los incrédulos."—Así harán todas las gentes sensatas.

gan supuesto principio haer callar á un hecho. Si es cierto el hecho, si se halla justificado el milagro, está juzgado el principio, y desde entones es hacer concebir una presuncion contra el principio, prejuzgarlo, oponerse á la justificacion del hecho. JESUCRISTO que se anunciaba como el Principio, se sometia al hecho, apelaba de él al hecho, al grande hecho de sus milagros. Nadie puede autorizarse mas que él con un principio para sustraerse al hecho.

Si no se nos opone una imposibilidad de principio sino una simple imposibilidad de esperiencia y de hecho, entonces se allana la dificultad y desaparece, y no hay ya imposibilidad propiamente dicha. M. Renan conviene en ello: "No decimos nosotros, dice, que es imposible el milagro, sino que no ha habido hasta ahora un milagro justificado ó probado." En este caso contestamos nosotros, procedamos á su justificacion, á la informacion, á la apreciacion de las pruebas y de todos los elementos de conviccion. Oigamos el testimonio de los Evangelios cuyo carácter directo de autenticidad y de credibilidad habeis reconocido.

De ninguna manera, se replica, ese testimonio es evidentemente falso, aunque verdadero en general; falso de toda necesidad por el solo hecho de tratarse en él de milagros y de tener el milagro en contra suya, no ya una imposibilidad de principio, sino una imposibilidad de esperiencia constante: *la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*. "Este gran resultado no proviene, en efecto, del raciocinio, sino del conjunto de las ciencias. No hay sobrenatural. La noçion de lo "sobrenatural, con sus imposibilidades, apareció desde el día en "que nació la ciencia experimental de la naturaleza." Tratar de esplicar por leyendas los Evangelios, "no es, pues, mutilar "los hechos en nombre de la teoria, es partir de la misma ob- "servacion de los hechos," es partir de la grande esperiencia, partir del hecho, pero de un hecho tan universal, tan constante, que se eleva á la altura de un principio. "Nosotros manten- "dremos, pues, el principio de critica histórica de que no puede "admitirse un relato sobrenatural como tal, que implica siem- "pre credulidad ó impostura; que el deber del historiador es in- "terpretarlo ó investigar qué parte de verdad, qué parte de "error puede ocultarse en él."

Hé aquí la objecion que se nos opone, la fortificacion, tras la

1 Vida de Jesus, *passim*.

cual se atrincheran nuestros contrarios. Creemos haberla es- puesto fielmente, y aun hemos tratado de presentarla con todo su aplomo.

Pues bien, no es otra cosa que el mas pobre sofisma, para deshacer el cual basta solo un soplo. Pero ántes, dejémoslo en pie un momento, y demostremos, que aunque fuera tan verdadero como es falso, no seria insuperable al testimonio de los Evangelios.

Para serlo, en efecto, seria necesario que fuera absoluto ese *régimen general de la naturaleza*; pero segun vosotros, solo es *general, constante*, no siendo el principio, sino de simple esperiencia. Ahora bien, por raro, por extraordinario que sea el milagro relativamente á ese régimen general, *no es imposible*, vosotros lo habeis dicho, y no podeis desdeciros sin envolveros en dificultades mucho mas graves. Es, pues, un hecho que hay que apreciar en sus testimonios; y la verdad de un hecho no lo es en razon de la frecuencia con que acontece, sino en razon de su *realidad*. Si es real, aunque fuera único, es tan creible como el hecho mas múltiple y constante. Añadiré además, que lejos de disminuirse su verosimilitud por su rareza ó poca frecuencia, es por lo contrario, una condicion, tratándose de un *milagro*, que no es tal, sino precisamente porque se sale de la esfera de lo ordinario que se le opone, del *régimen general de la naturaleza*. Finalmente, diré, que cuanto mas os afirmeis en ese régimen general de la naturaleza, ménos debeis temer que llegue este hecho escepcional y particular, que no puede menos, segun vosotros, de chocar con él. Si tiene que ser precisamente falso, debe ser falso su testimonio, y entonces ¿por qué no demostrar esta falsedad? ¿Por qué no confundirla? ¿Qué digo? ¿Por qué falsear el testimonio y tomar sobre sí la falta que se le atribuye? ¿Qué! ¿Teneis el mérito de la verdad y os atribuis gratuitamente el demérito de la novela! ¿Y contra quién? ¿Contra lo que llamais la leyenda....! ¿Os constituís juez falso de un supuesto testigo falso! ¿Cuando deberiais estrecharle con preguntas y careos, le cerrais los labios y huís de mirarle cara á cara! ¿Qué digo! ¿Alterais su declaracion! En una palabra, ¿representais su papel, llegando á convertirse él en vuestro juez y en vuestro acusador!!!

Convenid en que de este modo, agregais á la confesion de la autenticidad y de la credibilidad de los Evangelios, un argumento singularmente confirmativo. ¿Hasta qué punto es preciso que sea verdadero el Evangelio y sean reales los hechos so-

brenaturales que refiere, puesto que no podeis daros razon de ellos sino es *combinando y acariciando los testos hasta que lleguen á correlacionarse y á suministrar un conjunto negativo?*

Al fin lo comprendeis y ensayais discutir sobre el milagro de Lázaro. ¿Y qué conseguis con esto? Cubriros de ridiculo, y que os desconozcan M. Scherer y aun M. Havet: ¿Y qué otra prueba no dais con esto de la verdad de los milagros evangélicos: ¡verdad tal, que es forzoso huir de ella ó estrellarse contra ella!

En breve volveremos á encontrarnos en este terreno. Por ahora, no podria dejaros mas tiempo en posesion del sofisma que deducis de la *inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*, á pesar de todas las ventajas que me procura contra vos.

¿Qué es esta inflexibilidad del *régimen general de la naturaleza*, qué es esta *ciencia experimental de la naturaleza* con la que forma M. Renan como una línea aduanera para impedir que pase el milagro? Es una verdad falseada en su aplicacion.

Es una verdad, en efecto, de tal suerte, que la retengo para invocarla ahora mismo contra el autor de la *Vida de Jesus*, que despues de haber abusado de ella, va á desoñecerla y á violarla.

Es verdad que la naturaleza sigue una ley constante, y que cada ser en si mismo, así como en sus relaciones con los demás seres, y todos en este vasto conjunto que presenta la creacion, ofrecen una regularidad solemne, un régimen invariable en su maravillosa variedad. Es cierto que la ciencia experimental de la naturaleza ha descubierto gran número de leyes que constituyen este orden magnifico, y que el universo aparece como un sistema fijo y terminado de que no se aparta la naturaleza. Esto es cierto, muy cierto.

¿Pero qué tiene que ver esto con la cuestion de lo sobrenatural?

Efectivamente, la naturaleza es inflexible en su *orden*, en su *régimen*. La ciencia que lo consigna es la ciencia de la *naturaleza*, la ciencia de los fenómenos *naturales*. Y siendo así, ¿qué significa vuestra objecion? Significa que la naturaleza es siempre fiel á sí misma, que en la *naturaleza*, que *naturalmente*, no ven los ciegos; no resucitan los muertos, son impenetrables las profundidades del porvenir á toda prevision humana. Esto es cierto, sin duda alguna: las leyes de la muerte y del tiempo, son inflexibles ó inexorables.

Y el avariento Aqueronte
No suelta jamás su presa.

¿Pero es esto de lo que se trata? ¿Pretendemos nosotros que resucitara Lázaro *naturalmente*? ¿No se trata aquí de fenómenos *sobrenaturales*, de *milagros*, que solo son tales y solo justifican la intervencion de un ser superior, precisamente porque es naturalmente inflexible la naturaleza, y porque cuando cede, proclama la accion sobrenatural de un Criador?

Los milagros son modificaciones de las leyes de la naturaleza. Para que fuesen imposibles aquellas modificaciones, seria necesario que estas leyes fuesen *necesarias*; es decir, que hallase el entendimiento contradiccion en concebir que hubieran podido ser otras que las que son. Ahora bien, las leyes de la naturaleza son constantes, pero no son *necesarias*. No implica contradiccion que hubieran podido ser diferentes; por ejemplo, que en lugar de ser la vida del hombre de cien años á lo mas, hubiera sido de mil, ó que hubiera sido inmortal esta vida, ó que despues de haber abandonado el cuerpo volviera naturalmente á él; que la procreacion se operase por la mujer sola, que no fueran los cuerpos impenetrables ó ponderables, etc. Todo esto hubiera podido ser, y en tal caso, si se verificaran accidentalmente las cosas que son en la actualidad, la corta duracion de la vida del hombre, la muerte, la generacion, la ponderabilidad, la impenetrabilidad, etc., se hubieran considerado estas cosas como otros tantos milagros. Este mismo estado actual de cosas, que llamamos *naturaleza*, no fué en su origen mas que efecto de un milagro, y del mayor de todos los milagros, el de la *creacion*. Su conservacion es tambien un milagro continuo que no tiene otro principio ni otra regla que la sabiduria del Ser Supremo, que sostiene esta grande obra por encima de la nada, de donde la sacó. Segun esto, todo el mundo concibe que no siendo lo que llamamos *milagro*, sino una modificacion en la creacion, es decir, un milagro menor en este gran milagro, no puede ponerse en duda su posibilidad. Es manifesto que el mismo poder que ha creado y que crea todos los dias, conservando, puede tambien modificar.

Si se niega este poder, dire que lo prueban los milagros, y que con esta negacion se da ó presenta la razon misma de los milagros.

Los milagros, en efecto, eran los únicos medios de notificar á los hombres olvidadizos y pervertidos, la existencia y la inter-

vencion del Criador. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios á nosotros por medio de sus obras. Su lenguaje es la creacion. Era, pues, conforme á este primer estado de cosas, que queriendo revelarse mas particularmente á su criatura, obrase mas particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podia verificar actos de Criador sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros; estos actos extraordinarios de creacion eran los únicos medios de revelacion extraordinaria del Criador. No siendo los hechos generales de la creacion indignos, en verdad, de la sabiduria ni de la magestad de Dios, ¿por qué lo habian de ser los hechos particulares? ¿Por qué habia de haber menos magestad en decir á un hombre muerto: *Sal del sepulcro*, que en decir al primer hombre: *Crece y multiplicate*? Asi, pues, la posibilidad y la conveniencia del milagro, se halla demostrada racionalmente con relacion á esa inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, que se le opone de un modo sefístico.

Voy mas lejos. No admito que se tenga sobre el milagro esa sospecha de inverosimilitud que resultaria de ser opuesto á las leyes de la naturaleza. No concedo que sea contrario á él el orden natural y humano. El milagro está *sobre* el orden natural y fuera de él; el milagro es, así como la divina potestad de que emana, *sobrenatural*, pero no es *contra natural*.¹ No se opone á él el orden natural, y aun puede decirse que aspira á él, como á un estado superior; solo que es *incapáz* de él. En este sentido convendré, y aun tendré que recordar en breve á mis adversarios que lo hayan olvidado, que el milagro no solamente es improbable, sino absolutamente *imposible* segun el orden natural.

Pero segun el orden *sobrenatural*, es el milagro posible, conveniente y aun probable. Está *en el orden*; en el orden *sobrenatural*: hállese tambien en armonia superior con el orden natural, en cuanto se halla preordenado este orden por el *sobrenatural* y en cuanto se refiere á él. En el Evangelio tenemos un resplandor de esta hermosa verdad. Al ir á verificar el Salvador el gran milagro de la curacion del ciego de nacimiento, dijo á sus discipulos, que le preguntaban por qué habia nacido ciego aquel hombre: "No es por causa de sus pecados ni de los de sus padres, sino *para que las obras del poder de Dios se manifiesten en él.*" Asi, hé aquí un hecho *sobrenatural*.

¹ Véase la nota del Censor al fin del tomo.

ral, la ceguera de este hombre, cuya razon de ser, cuya causa final era el *milagro* de su curacion. Asi aparece tambien en aquellas palabras del Salvador sobre la enfermedad de Lázaro: "Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios, *para que el hijo de Dios sea glorificado por ella.*" (S. Juan XI, 4.) Asi es respecto de todos los milagros, y todo el orden natural, si nos fuera posible verlo, se nos apareceria gravitando de esta suerte hácia el orden *sobrenatural* del milagro. ¿Y no se halla la historia de todo el género humano en la del ciego de nacimiento? El género humano era como un solo hombre ciego, cuando fué á visitarle el Hijo de Dios. ¿Para qué habia llegado á ese estado espantoso de ceguera y corrupcion que nos presenta el mundo pagano, sino para que *las obras del poder de Dios se manifestasen en él*; y no se lamenta del poder, sino del amor? Allí está como la ley de la historia enteramente *incomprensible sin Jesus*, segun dice M. Renan, gravitando al rededor de la Cruz y del gran milagro de su triunfo.

En vista de este centro que rige toda su economia, se ha manifestado siempre el orden *sobrenatural* en el mundo, y siempre por medio de milagros. El estado del hombre inocente era un estado constante de milagro. La vida profética de todo un pueblo en el mundo, no fué mas que una serie de milagros, desde la caida, hasta el milagro por excelencia: Dios hecho hombre, sus obras, su muerte, su triunfo. Este triunfo es la dilatacion del orden *sobrenatural*, del solo pueblo judío por todo el universo, y su perpetuidad victoriosa y maravillosa en la Iglesia, prolongándose á nuestra vista en el porvenir.

Véase, pues, que el orden *sobrenatural* tiene su régimen general de fenómenos como el orden natural, y lejos de chocar entre sí estos dos órdenes, se encadenan subordinándose en la armonia mas magnífica. En su consecuencia, el milagro no es una monstruosidad contra la que haya que ponerse en guardia, y menos aún una imposibilidad que tenga contra sí la naturaleza y la historia. Tiene á su favor, en principio, el poder y el amor de Dios, inclinado á darse á los hombres; en hecho, la historia de la Religion desde el origen del mundo, cuyas revoluciones domina.

¿Es esto decir que no sea el milagro una cosa extraordinaria, insólita, árdua, y que deba creerse ligeramente todo lo relativo á milagros? Lejos de esto, es necesario espermentarlo todo, por respeto, no digo solo á la razon, sino á la fe, que salva en esto á la razon de todos los extravíos de la credulidad, como se ha

visto en todos los siglos. Pero es necesario experimentarlo todo con propension á creer en el amor de Dios y en sus prodigios. Será una prevención si se quiere, pero una prevención legítima y bien aplicada, que no dispensa de la crítica, pero que la hace mas conforme á su objeto, mas filosófica en el verdadero y buen sentido de la palabra. Estar prevenido favorablemente respecto de un amor que nos ha dado ya tantas prendas y seguridades, no es mas que un acto de justicia.

III.

Hémos aquí bien léjos de M. Renan, tanto como él lo está de la verdad. El no ve en el milagro sino lo que no hay en él: una cuestión de química y de física, un prestigio ó una ilusión de Hume, una suerte á lo Roberto Houdin. Y no ve nada de lo que hay en él; un fenómeno moral y religioso, un testimonio del amor divino en la fe del hombre, que tiene su foco en la unión de este amor y de esta fe. ¿Concíbese que se dé un testimonio de amor á la impiedad y al odio; y que se envilezca este soberano Amor hasta darse á sí mismo en espectáculo á sus enemigos? No hay un milagro del Salvador que no haya sido determinado por la fe de los que han sido su objeto, y que no haya tenido por considerando esta frase: *vuestra fé os ha salvado*; y es de observar que Cristo no hizo ya milagros cuando estuvo en manos de los Escribas y de los Fariseos, y cuando compareció ante Pilatos y ante Herodes. Delante de este último, sobre todo, que esperaba verle hacer algun milagro para saciar su curiosidad, no contestó nada Jesús á las diversas demandas que con este objeto se le dirigieron. Nadie hay que no comprenda la dignidad de este divino silencio. Solo M. Renan ve en él únicamente una prudente prevision. *Jesús, dice, se guardó bien de estraviarse en un mundo irreligioso, y guardó para los sencillos los medios que solo eran buenos para ellos.*¹

De esta falta de inteligencia del milagro ha brotado en el cerebro de M. Renan la idea de su *comision* de fisiólogos, de físicos, de químicos y de críticos, que deben escoger el cadáver, preparar la sala donde debe verificarse el experimento de un milagro de resurreccion, y reglamentar todo el sistema de pre-

¹ *Vida de Jesús*, p. 322.

cauciones necesarias para no dejar lugar á duda alguna. Supone "que se presenta un taumaturgo con garantías bastante formales ó aceptables para ser admitido á discusion, y que se *anuncia* como pudiendo resucitar á un muerto." No ve que un taumaturgo que se *presenta* y que se *anuncia*, no puede ser mas que un embaucador. No comprende que no teniendo el taumaturgo este poder en sí mismo, y no recibéndole sino de Dios, por disposiciones y con un objeto dignos de la santidad y de la sabiduría infinitas, seria esta santidad y esta sabiduría la que tendria que hacer sus pruebas ante esta comision de escribas y fariseos, á quien no bastan las pruebas que han convertido al género humano, y que volveria á principiar el drama del pretorio y del Calvario, si tuviera que inmolarse otra vez el Amor eterno. ¡Mas les vale que no vuelva! Porque entonces si que sucederia que "aquellos dardos de elevado sarcasmo, como parados á los cuales los de Sócrates y de Molière no hacen mas que rozar la piel, vendrian á inscribirse en letras de fuego en "su carne hipócrita, y llevarian el fuego y la rabia hasta el fondo de sus huesos."² Entonces reconocerian á Dios en estos dardos, mas que en el milagro.

Y no obstante, no es lo que mas chocha la idea de una comision en sí misma. Esta idea es excelente y solo tendria el defecto de ser algo atrasada, si no fuese un plagio.

Y en efecto, vemos en el Evangelio que "subiendo Jesús á una eminencia, llamó á sí á los doce que él habia escogido para estar con él y para ser sus testigos en Jerusalén, en Judea "y en Samaria, y hasta en los confines de la tierra y hasta la consumacion de los tiempos."³ Hé aquí la gran comision que no ha cesado de funcionar desde entonces; comision permanente de la Iglesia, siempre vigilante para afianzar á la credulidad humana contra las falsas doctrinas y los milagros falsos, y para afianzar la verdadera doctrina y los verdaderos milagros contra la incredulidad; doble garantía que debe presentar toda comision que tenga por objeto la verdad.³

¹ *Vida de Jesús*, p. 334.

² San Marcos, III, 12.—Actas, I, 8.

³ Hallándose en Roma un caballero inglés protestante, le dió á leer un prelado amigo suyo, una informacion que contenia la prueba de muchos milagros. Después de haberla leído con suma atencion, dijo volviéndosele: "Si todos los milagros que se admiten en la Iglesia romana estuviesen justificados con pruebas tan evidentes como estas, no tendríamos dificultad alguna en suscribir á ellos.—¡Pues bien! contestó el prelado, de todos estos milagros que os parecen tan verdaderos, ninguno ha

No critico pues la idea de una comision, sino la falta de toda precaucion necesaria para no dejar penetrar error alguno en esta comision que presenta M. Renan. Porque, en efecto, M. Renan que toma tantas precauciones contra Dios, ha olvidado enteramente tomarlas contra el hombre, contra el hombre que es precisamente el sugeto del error. Es verdad que elige fisiólogos, fisicos, quimicos y criticos.

Mas no por ser uno sábio, deja nunca de ser hombre.

No por haber creído en la religion y no creer ya en ella deja de haber capacidad para la prevencion, el partido sistemático y el resentimiento. Nada de esto se nota seguramente en los escritos de M. Renan; pero en fin, la humanidad es débil, y cuando se trata de un interés tan grande como la fe del género humano, es preciso preverlo todo: es forzoso asegurarse de que, como dice Papias de nuestros Evangelios, solo tenga un cuidado la comision, el de no omitir nada de lo que ocurra y que no se mezcle falsedad alguna.

Por eso yo propondria una enmienda al proyecto de esa comision.

Esta enmienda tendria tres articulos.

El primero, que comenzaran los miembros de la comision ante todo deponiendo todo interés personal, sus honorarios, sus derechos de autores, sus prebendas, etc., así como dejó San Lucas su clientela, San Mateo su banco, y San Juan sus redes.

El segundo, que sellaran su testimonio con su sangre y se dejaran degollar por sostenerlo.

El tercero, en fin, que pudiera asistir todo el mundo á la prueba ó experimentos: "Ni la clase del pueblo ni la gente de mundo son competentes para esto,"¹ dice M. Renan con un desdén soberbio en demasia. Nosotros no pensamos como M. Renan; por el contrario, creemos que el gran jurado en esta materia es el público, y que aquí viene bien el adagio: *vox populi, vox Dei*. Despues de todo, para saber si está bien muerto un hombre, si

sido admitido por la congregacion de Ritos, por no haberlos creído suficientemente probados." Admirado el protestante de esta respuesta, confesó que solo una ciega prevencion podia combatir la canonizacion de los Santos, y que él no se habria figurado nunca que llevara tan lejos su atencion la Iglesia romana en el examen que hacia de los milagros.

¹ Vida de Jesus, introduccion, p. L.

hace tres dias que se le ha enterrado y si huele mal, valen tanto como un quimico que jamás le ha visto, sus parientes, sus vecinos, su pueblo, y el olfato de un lugareño vale tanto como el de un crítico. Yo digo como Voltaire: "que me diga una compania de granaderos unánimemente: *acabamos de ver un milagro*, y creeré en el milagro." Porque confieso francamente que seria para mí sospechosa la comision estando sola y encerrada en una sala. ¿No son conocidas las prevenciones de los sábios contra las cosas superiores á ellos? ¿Cuántas verdades recorren el mundo que no han podido forzar aun las puertas del Instituto para entrar en él? ¿Qué seria, pues, para salir? Por lo demás, M. Renan nos da anticipadamente la medida de lo que seria necesario para esto. ¿No acaba de decirnos que, si habiéndose escogido bien el cadáver por la comision y reconocido como real y efectiva su muerte, designado el local y bien reglamentado todo el sistema de las precauciones necesarias para no dejar lugar á duda alguna, se verificara la resurreccion con tales condiciones, no habria mas que una *probabilidad* (sin duda porque puede ser la resurreccion de un muerto obra de la casualidad), pero que deberia invitarse al taumaturgo á reproducir su acto maravilloso con otras circunstancias, en otros cadáveres y ante otro concurso, sin designar el número de estos experimentos, al fin de los cuales, habiéndose disminuido el interés y la sensacion del milagro á causa de su repeticion, no dejaria de decir, con M. Scherer, que era un fenómeno natural?

¿Hasta qué punto puede la incredulidad hacer desbarrar á la razon! No sucede así respecto del pueblo, que siempre será el gran depósito del buen sentido. Por esto el Cristianismo ha querido siempre tenerle por testigo, sin escluir á los sábios y á los testigos escogidos. Toda la familia humana ha podido asistir á los milagros de la bondad de su Dios. Jesus hacia sus milagros en los campos de Judea, por los caminos y las plazas á la luz del sol y de la publicidad, y ha sido injusto M. Proudhon al decir que solo los presenciaron testigos *privilegiados*; esto va dirigido únicamente á M. Renan. Es cierto que Jesus escogia testigos para consignar y publicar á lo lejos estas maravillas; pero estos testigos se apoyaban en el gran testimonio de la multitud que habia sido objeto de ellos.

Con estas condiciones, y modificada de esta suerte, suscribiamos á la comision de M. Renan.

Pero ¿quién no ve que entonces no seria mas que una superfectacion de la comision evangélica y apostólica, y que en tal ca-